



THE GRAND BUDAPEST HOTEL

Título original: The Grand Budapest Hotel

Año: 2014

Duración: 99 min.

País: Estados Unidos

Dirección: Wes Anderson

Música: Alexandre Desplat

Género: Comedia, acción, crimen, aventura, misterio.

Donde ver: Disney+, Apple TV+ y Amazon Video.



Imagen tomada de Prime video

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

THE GRAND BUDAPEST HOTEL (2014)

“Hay películas que se ven. Y hay otras
que se saborean”

“ El Gran Hotel Budapest es un manjar
servido en planos simétricos y
colores pastel ”

Wes Anderson con *El Gran Hotel Budapest* nos regaló no solo una película, sino una pieza de diseño en movimiento, un banquete delicioso en todas sus partes. Desde los primeros segundos uno sabe que está entrando en un universo donde cada elemento fue pensado al milímetro: los colores, los encuadres, los personajes, los escenarios... absolutamente todo respira estética y teatralidad.

La historia, en sí, es sencilla: un robo, una herencia, una persecución y un hotel. Pero no estamos aquí por la trama. Estamos aquí por la forma en que Anderson la cuenta. Todo es exagerado y deliciosamente artificial, como una maqueta hecha a mano, pintada con minuciosidad y puesta en escena con una precisión casi obsesiva.





Imagen tomada de
Asalto visual

M.U.D FRAMES



Los personajes parecen sacados de un teatro de marionetas, pero con una humanidad entrañable. Ralph Fiennes como el conserje Monsieur Gustave es simplemente brillante: elegante, excesivo, poético, impertinente... un personaje que uno no quiere soltar. Y Saoirse Ronan, con poca presencia en la pantalla, deja una huella con su pastel de nata en forma de mancha de nacimiento y su dulzura contenida.

Pero parte de la magia está también en esa galería de estrellas que aparecen casi como cameos gloriosos. Anderson logra algo raro: actores de talla gigante asumiendo pequeños roles como si se hubieran colado a jugar. Ahí está Bill Murray con su clásico rostro impasible y su presencia que no necesita más de un par de frases. Tilda Swinton casi irreconocible bajo kilos de

maquillaje como la anciana Madame D. Adrien Brody como un villano de caricatura, sin miedo al exceso. Willem Dafoe, sin decir mucho, sembrando terror solo con la mirada y unos colmillos. Y sí, hasta Harvey Keitel aparece tatuado y musculoso, rompiendo cualquier expectativa. Es un desfile que no distrae, sino que suma: cada uno aporta a ese mundo de cartón pintado que, sin embargo, se siente absolutamente vivo.





Imagen tomada de
Dos minutos, cuarenta segundos y una claqueta

La simetría, esa firma andersoniana, está por todas partes. Cada plano es una postal. Cada movimiento de cámara, una coreografía. Y ni hablar de la paleta de colores: rosas empolvados, lilas, dorados, rojos intensos. Colores que parecen haber salido de una caja de macarons franceses.

Y los detalles... ¡ah, los detalles! El bigote dibujado del ayudante, las narices sangrantes, las cajas de pastelería Mendl's, los botones del ascensor, los carteles escritos a mano, los interiores que parecen decorados de ópera. Todo habla. Todo suma. Todo inspira.

Además, el humor: sutil, ácido, a veces negro, a veces absurdo, pero siempre inteligente. Los diálogos están llenos de ironía, de frases para enmarcar,

de silencios que dicen más que mil palabras. Anderson tiene esa capacidad de hacerte reír con una ceja levantada o una puerta que no es una puerta al revelarlo con un movimiento de plano.

El Gran Hotel Budapest es de esas películas que deberían ver con libreta en mano. Porque más allá de la historia, es una lección de estilo, de dirección de arte, de composición, de color... y de cómo contar algo con una voz única.





LEMONY SNICKET'S
— A SERIES OF —
UNFORTUNATE
EVENTS

Título original: Lemony Snicket's A Series of Unfortunate Events

Año: 2004

Duración: 1h 48min.

País: Estados Unidos

Dirección: Brad Silberling

Música: Thomas Newman

Género: Comedia, drama, aventura, fantasía, misterio.

Donde ver: Prime Video, Apple TV+ y Mercado Play.



Imagen tomada de
Apple TV+



Imagen tomada de
Hipertextual

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

Lemony Snicket's A Series of Unfortunate Events

“

*Una película hermosamente triste,
donde la belleza se disfraza de tragedia.*

”

La película empieza con una animación encantadora, una historia alegre con un duende cantando al ritmo de *Lovely Spring*. Todo parece estar bien... hasta que la voz en off irrumpe y nos recuerda que no es ese tipo de película. Porque esto es *Una serie de eventos desafortunados* (2004), una obra tan extraña como cautivadora, hermosamente oscura, y visualmente impecable.

Desde el primer minuto, la película nos sitúa en un universo estilizado, teatral, cuidado al detalle. Tres hermanos huérfanos — Violet, la inventora; Klaus, el lector; y Sunny, la mordedora— se enfrentan a una cadena de tutores excéntricos y desgracias consecutivas, todo bajo la sombra del Conde Olaf, un actor fracasado y ególatra interpretado con absoluta brillantez por Jim Carrey.

Carrey se adueña de la pantalla con una actuación exagerada, sí, pero deliciosa. Sus improvisaciones son evidentes, pero lejos de desentonar, enriquecen. Olaf es detestable, pero magnético. Un personaje tan ridículo como peligroso, que se transforma (literalmente) escena tras escena: desde un herpetólogo hasta un capitán con pata de palo. Y todo lo hace sin perder su descaro ni su absurdo narcisismo, visible incluso en la decoración de su casa, repleta de retratos suyos como si fuera un culto a sí mismo.

La dirección de arte es un banquete visual. Los escenarios son auténticas ilustraciones tridimensionales: la casa del Tío Monty respira verdes tropicales y tonos tierra; la mansión de la Tía Josephine está congelada en azules y grises que huelen a soledad y miedo; y el hogar del Conde Olaf parece salido de un teatro de pesadilla, entre sepias polvorientos y grietas que hablan. Emmanuel Lubezki, el director de fotografía, usa la luz como si fuera tinta para pintar este cuento lúgubre y delicioso.

Este universo no es de una época definida: es como si el tiempo hubiese colapsado. Hay autos con seguros automáticos, máquinas imposibles, artefactos casi futuristas, pero conviven con ropas de época y casas victorianas. Es un anacronismo intencional que potencia el tono de fábula siniestra. La película no busca realismo: quiere sumergirte en su estética, y lo logra.

El vestuario, diseñado por Colleen Atwood (ganadora del Óscar y colaboradora habitual de Tim Burton), es otro de los grandes aciertos. Cada prenda no solo viste: habla del personaje. Los trajes del Conde Olaf cambian con cada disfraz, exagerando sus intenciones y egos. Los niños, en contraste, mantienen una sobriedad elegante que refuerza su inteligencia, su resiliencia.

Y aunque los efectos especiales digitales están presentes, son discretos. Lo que brilla es lo artesanal: las escenografías parecen hechas a mano, con fondos pintados que recuerdan al cine clásico, a las películas de antes, a un Hollywood con alma de teatro. Eso le da una textura única, que envejece bien, porque no se ata a ninguna moda visual.

La música de Thomas Newman es el pegamento emocional: una combinación de cuerdas melancólicas y percusiones juguetonas que refuerzan tanto la tristeza como la aventura. Acompaña con sutileza, no impone, pero se queda rondando en la memoria.

Aunque parece una historia infantil, en realidad es una película profundamente familiar —en el sentido más crudo y honesto. Habla de secretos, de casas con puertas cerradas, de adultos que no escuchan a los niños, de la pérdida, del abandono, pero también del ingenio, la esperanza y el amor entre hermanos. De que, en un mundo lleno de maldad, todavía hay quienes apagan los incendios, aunque otros los enciendan



Imagen tomada
imdb

Una serie de eventos desafortunados adapta varios libros de la saga original en una sola película. Eso le da un ritmo ágil, en el que pasamos de cocinar pasta putanesca a colgarnos de una casa suspendida en un risco. Pero nunca se siente forzada. Todo encaja dentro de su absurdo elegante..



Quizás lo más hermoso de esta película es eso: que no tiene miedo a ser triste. A mostrar la muerte, la pérdida, el ilógico de la justicia. Pero lo hace con tal belleza, con tal nivel de diseño, que uno no puede más que rendirse ante su encanto.



JOJO RABBIT

BACK IN THEATERS THIS FRIDAY

Título original: Jojo Rabbit
Año: 2019
Duración: 108 min.
País: Nueva Zelanda
Dirección: Taika Waititi
Música: Michael Giacchino
Género: Bélico, comedia, drama.
Donde ver: Disney+, Prime Video.





Imagen tomada de Dejusticia



DG. MATEO TERÁN GUERRERO

JOJO RABBIT (2019)

“

¿Te atreverías a ver una película de guerra contada con humor y color?

”

Hay películas que no temen desafiar la narrativa bélica desde los bordes más inesperados. Jojo Rabbit, del director Taika Waititi, es una de ellas: una sátira conmovedora que atraviesa la Segunda Guerra Mundial con el lente de la infancia, del absurdo... y del amor. Desde el inicio, su montaje ágil y su estética vibrante nos recuerdan que estamos ante una fábula, no una lección de historia: aquí, el nazismo se filtra por el imaginario de un niño de 10 años que conversa con Hitler... su amigo imaginario.

10 años que conversa con Hitler... su amigo imaginario. La fotografía, a cargo de Mihai Malaimare Jr., se aleja de las paletas grises típicas del cine de guerra para sumergirse en tonos cálidos, vivos, casi festivos. Esa decisión visual no solo estiliza el relato, sino que potencia el contraste entre la inocencia de Jojo y la brutalidad del contexto. Los colores alegres no niegan la guerra: la hacen más perturbadora.

Jojo no solo representa la mirada infantil, sino también el proceso de maduración forzada en tiempos de violencia. Al sentirse rechazado y marcado físicamente tras un torpe accidente, busca desesperadamente pertenecer. La propaganda nazi le ofrece una identidad, un sentido de valor. Es ahí donde la película traza una línea crítica clara: ¿cómo se siembra el fanatismo en un niño? ¿Cómo se manipula su inocencia con discursos que prometen orden y pertenencia? La sátira de Waititi apunta con claridad hacia estos mecanismos, sin dejar de lado la ternura.



Imagen tomada de screenrant

La transformación de Jojo se teje a través de pequeños gestos: proteger a su madre, ocultar a Elsa —la niña judía que vive escondida en su casa—, cuestionar lentamente todo aquello que le han enseñado a odiar. Lo vemos intentar ser duro, repetir frases hechas, fingir una madurez que no tiene. Pero es en su contradicción donde emerge su humanidad. La guerra se convierte en un espejo donde se reflejan sus propios conflictos: el miedo, la pérdida, el amor.

Scarlett Johansson, en el papel de Rosie, su madre, sostiene una de las figuras más bellas del filme: la del héroe silencioso. Nunca se explicita del todo qué hace por la resistencia, pero la vemos caminar, bailar y cuidar. Amar en medio del horror. La metáfora del león y su cachorro se instala como una de las imágenes más dulces —y más tristes— del filme. Sus acciones están guiadas por una resistencia amorosa que contrasta con el adoctrinamiento que recibe su hijo.

Waititi, quien también interpreta al delirante Hitler imaginario, construye una figura caricaturesca que, lejos de trivializar, desnuda el absurdo de los totalitarismos. En su interpretación se mezcla la sátira con el dolor, y ahí radica su potencia. Algo similar ocurre con otros personajes secundarios como el Capitán Klenzendorf (Sam Rockwell), un militar, que en su ambigüedad —y posible lectura queer— se roba algunos de los momentos más empáticos del filme. Yorkie, el mejor amigo de Jojo, representa la ternura absoluta, esa que sobrevive incluso en los escombros. Y Elsa, la joven judía escondida, complejiza aún más el relato: su relación con Jojo transita del odio al afecto, del miedo a la complicidad. En ella también se cifra la ambigüedad de la adolescencia, la pérdida y el deseo de futuro.

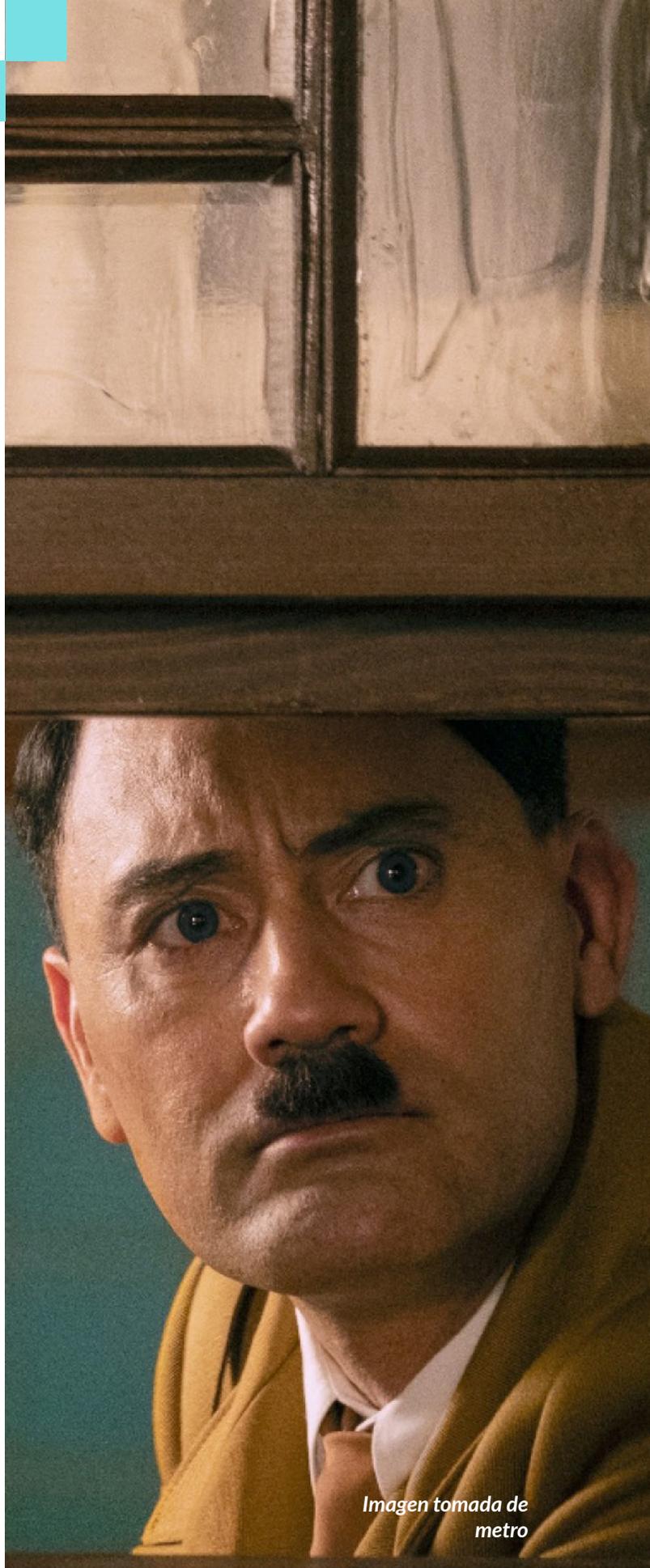


Imagen tomada de metro



El vestuario, diseñado por Mayes C. Rubeo, no pretende ser históricamente fiel. Sus decisiones —como ciertos cortes y estilos que evocan décadas posteriores— suman a la dimensión de fábula. El anacronismo es deliberado: no se trata de recrear el pasado, sino de interpretarlo con libertad crítica y poética.



Los símbolos se cuelan con elegancia. Atar los zapatos, por ejemplo, se convierte en un gesto que condensa todo: el amor, la pérdida, la memoria. O esa escena donde los techos parecen observar la tristeza de un niño que enfrenta la muerte.

La música, desde versiones en alemán de clásicos de los Beatles o David Bowie, hasta piezas melancólicas originales de Michael Giacchino acompaña con precisión los virajes emocionales de la historia, sin volverse invasiva. Juega con el contraste, al igual que todo el diseño general de la película.



Jojo Rabbit no busca explicar la guerra. Busca mostrar lo que la guerra le hace a la infancia. Lo que hace el fanatismo cuando se disfraza de pertenencia. Y sobre todo, lo que el amor en sus formas más sutiles puede resistir.



CRISTÓBAL BALENCIAGA

Título original: Cristóbal Balenciaga

Año: 2024

Duración: 6 episodios aprox 50 min. c/u.

País: España

Dirección: Jon Garaño (Creador), Aitor Arregi (Creador), José Mari Goenaga (Creador), Lourdes Iglesias (Creadora), Aitor Arregi, Jon Garaño, José Mari Goenaga

Música: Alberto Iglesias

Género: Drama, Moda, Biográfico

Donde ver: Disney+

Imagen tomada de
The objective

DG. MATEO TERÁN GUERRERO

CRISTÓBAL BALENCIAGA (2024)

“ No todos los genios quieren ser famosos. Algunos solo quieren coser en silencio ”

¿Qué sucede cuando una figura esencial de la moda, que se resistió al espectáculo mediático, se convierte en el centro de una serie?

La miniserie *Cristóbal Balenciaga*, disponible en Disney+, logra precisamente eso: rescatar del silencio a uno de los diseñadores más influyentes del siglo XX, y a la vez trazar un mapa íntimo y estético del devenir de la moda, sus tensiones internas y su profunda conexión con los contextos políticos, sociales y económicos de Europa.

Con apenas seis episodios, la serie no solo ofrece una reconstrucción biográfica sobria y elegante, sino que propone una experiencia visual y emocional sobre lo que significa crear —y sostener— una visión artística en un mundo donde las reglas cambian constantemente. Y lo mejor: no necesitas ser un experto en moda para disfrutarla.

Desde el inicio, la serie plantea una estrategia narrativa brillante: Balenciaga no concedía entrevistas. Así que, como recurso de ficción, una periodista se le acerca en el funeral de Coco Chanel para hacerle una entrevista imposible. Esa petición abre la puerta a un extenso flashback donde Cristóbal repasa su vida, desde su infancia en Getaria (País Vasco) hasta el cierre definitivo de su maison en París.

Con una mirada tan delicada como crítica, la serie retrata a un niño prodigio nacido entre telas, marcado por la muerte de su padre y por la influencia de su madre costurera. Esa sensibilidad precoz se transforma en un carácter perfeccionista, obsesivo y poco dado al compromiso emocional, más allá del amor duradero

que mantuvo con su pareja y socio Wladzio D' Attainville. Balenciaga emerge como un personaje complejo: admirable en su talento, pero también ensimismado, hermético y muchas veces incapaz de delegar.

Uno de los mayores logros de esta producción es la forma en que *entreteje historia y moda como dimensiones inseparables*. La Guerra Civil Española obliga a Balenciaga a trasladarse a París, y más adelante la Segunda Guerra Mundial sacude los cimientos de la alta costura: escasez de textiles, presión del régimen nazi, amenazas a la libertad creativa. La serie deja claro cómo los grandes cambios políticos impactan directamente sobre la moda, incluso en las decisiones más cotidianas: qué telas usar, cuántos modelos presentar, o incluso si es seguro seguir diseñando.

Es en este contexto donde Balenciaga se reafirma como artista. A pesar de las limitaciones, logra contrabandear telas desde España, enfrentar la amenaza del cierre de su maison, e incluso ser arrestado bajo sospechas ligadas a su orientación sexual. En este punto, la serie también *rescata con sutileza la vida homosexual del diseñador*, siempre vivida con discreción, en una época que penalizaba y estigmatizaba esa identidad.

A medida que el tiempo avanza, aparece una tensión interesante: la confrontación conceptual con Christian Dior, otro gigante de la época. Mientras Dior propone el “New Look” con siluetas exuberantes y ultrafemeninas (que Balenciaga despectivamente llama “mujeres florero”), Cristóbal se aferra a una visión más arquitectónica del vestido

líneas limpias, volúmenes sobrios, piezas hechas para resaltar la esencia, no la forma estereotípica del cuerpo femenino

Esta contraposición no es solo estética: es filosófica. Dior cede ante la demanda del espectáculo, lanza perfumes, otorga licencias, capitaliza su nombre. Balenciaga, en cambio, se resiste hasta el final, convencido de que la alta costura debe ser una experiencia artesanal e íntima. De hecho, cuando viaja a Nueva York y ve copias mal hechas de sus vestidos, queda profundamente desilusionado.

Un proceso creativo obsesivo, casi sagrado

Uno de los aspectos más bellos de la serie es **la representación del proceso creativo de Balenciaga como algo casi ritual**. Desde la elección de los tejidos hasta la forma en que observa desde bambalinas sus desfiles, todo refleja un respeto absoluto por la prenda, por la modelo, por el gesto. En una escena memorable, al ver una arruga mal colocada en un abrigo suyo usado por una cliente, le sugiere llevarlo a su taller para plancharlo correctamente. El gesto es revelador: no es arrogancia, es devoción. También resulta fascinante ver cómo sus diseños se inspiran en el arte, la arquitectura, la religión, y cómo su trabajo influye a jóvenes talentos como Givenchy, uno de sus “herederos” más visibles.

El declive del haute couture (alta costura) y el ascenso del prêt-à-porter (ropa lista para llevar) terminan por empujar a Balenciaga a cerrar su casa de moda en 1968. A pesar de propuestas para adaptarse —como diseñar uniformes para Air France—, Cristóbal entiende que el mundo de la moda ya no es el mismo, y él no está dispuesto a diluir su arte en la producción industrial.

La serie cierra con una nota melancólica, pero poderosa: no todas las batallas están hechas para ser ganadas. Algunas están hechas para sostener una visión. Y Balenciaga, fiel a sí mismo, prefirió el silencio a la adaptación sin alma. Para quienes habitamos el universo creativo —diseñadores, artistas, comunicadores— Cristóbal Balenciaga es mucho más que una biopic: es un espejo de nuestras luchas, obsesiones, contradicciones y decisiones.

Esta serie no solo reivindica la figura de Cristóbal Balenciaga como diseñador, sino que invita a reflexionar sobre el acto creativo, el perfeccionismo, la integridad artística y las tensiones entre arte y mercado.

Una joya audiovisual para mirar, disfrutar y repensar. Aunque no sepas nada de moda, saldrás de esta serie sabiendo algo más sobre la historia, la estética... y sobre lo que significa vivir fiel a una visión.

